



No cabe duda que la operación era necesaria. Necesaria y urgente. Todos lo hemos comprendido así y por ello la unidad de pareceres en toda la Nación tuvo carácter de verdadero referendum. Había que estabilizar la moneda y la Economía.

Así se ha hecho.

Desde los primeros síntomas advertidos ya en 1957 —bajas en Bolsa, saturación de algunos mercados, ligeras competencias, exigencias de más rentabilidad a las acciones,— hasta la coyuntura marginal de 1959 nuestra Economía ha ido experimentando un giro copernicano. Del intervencionismo estatal a la liberalización. Del dinero fácil a la restricción de créditos. De la mercancia que desaparece en las manos de ávidos consumidores e intermediarios a los "stocks" repletos y las carteras vacías de pedidos. De las carreras alcistas a la competencia comercial, quizá para muchos olvidada después de veinte años fáciles de ganancias sin demasiado riesgo.

Hoy ya no es como hace dos años.

Al proceso natural de nuestra Economía que estaba llegando a un límite de expansión en muchos terrenos, ha venido a sumarse el impacto internacional con el Tratado de Roma y el Acuerdo Monetario Europeo que incidían tremendamente en nuestras exportaciones al plantearnos un mercado fuertemente competitivo que tendía a desbaratar nuestro posible progreso económico.

El Gobierno, las entidades todas del país, Sindicatos, empresarios y opinión pública, expresaron la necesidad de un nuevo andamiaje para nuestra Economía en crisis. Se consultó a la Nación. Se consultó a un excelente equipo de expertos extranjeros. Y en julio de 1959 se comenzó con una serie de decretos a replantear nuestra nueva estructuración económica. Ingreso en la O. E. C. E., Fondo Monetario Internacional, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Eran conexiones necesarias y lógicas.

PROYECCION

Llevamos ya cuatro meses de estabilización. Se van notando sus efectos conforme se queman las etapas prefijadas. Es evidente que un programa de austeridad lleva consigo muchas consecuencias desagradables, que aunque sean soportadas con la esperanza de un futuro mejor, no por eso eliminan las quiebras, el pillarse los dedos, la recesión económica ambiental, la anulación o merma de beneficios y tal vez incluso el paro.

A todos nos interesa abreviar los tiempos de prueba.

No somos ni queremos ser quejicosos agoreros de un futuro incierto. Ante las medidas tomadas por el Gobierno no cabe actualmente más que una postura de colaboración en pro de la común salvación de todos. Está en juego el futuro de España y estamos en guerra. Una verdadera "guerra santa económica" en la que participamos miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Si como ciudadanos hemos de colaborar lealmente a la estabilización económica, como cristianos debemos extremarnos en cumplir nuestros difíciles deberes actuales. Se impone nuestra ejemplaridad. Pero una ejemplaridad genuinamente evangélica presidida siempre por la búsqueda "no del provecho propio, sino del provecho común de todos" (1 Cor 10,24).

Es frecuente medir la elevación cristiana de una sociedad por el índice del culto. Medimos las comuniones, el cumplimiento dominical y según esa medida juzgamos de su catolicismo. Y no siempre es eso cierto. No somos tan ingenuos que creamos sea posible una caridad cristiana sin culto ni creemos tampoco que la abundancia de la genuina caridad respaldanza más en los ambientes menos religiosos. No, nada de eso. Pero sí afirmamos a pesar de todo que el índice de fervor cristiano no hay que buscarlo principalmente en el culto sino en la caridad. El remedio de las necesidades de los prójimos, la compasión eficaz, el mutuo sobrellevar angustias y dolores es el verdadero índice de catolicismo. Así median los Apóstoles. Así los primeros cristianos. Así seremos medidos en el día del Juicio. Porque la caridad es la medida de Cristo. Y no podemos marginar la caridad.

Siempre es impresionante aquel viejo texto de la Didajé, tan meditado por los cristianos de los siglos primeros:

"No rechazarás al indigente: de todo lo tuyo harás partícipe a tu hermano y nada llamarás tuyo propio: porque si en lo eterno sois copartícipes, ¿cuánto más en lo temporal?"

Participación de bienes temporales para participar en los bienes eternos. Participación de bienes temporales porque somos hermanos, hijos del mismo Padre que está en los cielos. Participación de ese mundo hirviente de dolores e indigencia material, espiritual y social. No podemos quedarnos al margen con la postura farisaica del "Yo no soy como los demás hombres".

En estos días difíciles que nos toca vivir, los cristianos tenemos obligación grave de ejemplo, caridad y sufrimiento. Y más grave cuanto más alto sea nuestro puesto, más elevada nuestra posición, más eficaz nuestro influjo.

Se impone una actitud de austeridad. En los gastos públicos y en los gastos privados. En la exacta administración del patrimonio común del que Dios exigirá rigurosa cuenta y en la alegre fiesta del

PROYECCION

gastar "de lo mío" como a mí me venga en gana. Austeridad que recorte lo no necesario y elimine lo superfluo para invertirlo en bienes de producción que den trabajo, alimento y hogar a los hermanos indigentes. Austeridad que lleve hasta compartir lo propio —necesario o conveniente— con el hermano que sufre.

No están lejanos los magníficos ejemplos de caridad nacional que España dió con las inundaciones de Valencia o el desastre de Ribadellago. Aquello debe repetirse. Con el obrero parado y la mujer que no tiene piso: Con el niño sin escuela y el muchacho sin oficio. Cristo estuvo en Valencia. Cristo estuvo en Ribadellago. Cristo está también en todo corazón que sufre y en todo estómago sin pan.

Ante la empresa común de estabilización, con sus difíciles problemas técnicos y las angustias para todos, nuestra vocación de cristianos nos exige no ser pescadores de río revuelto, empantanadores de asuntos burocráticos, "devoradores de pobres", sino ser hombres llenos de caridad, revestidos de Cristo, obradores de justicia, con un corazón grande y ecuménico como el corazón de Dios.

Son fáciles las excusas. Ponemos un ejemplo de primera urgencia. Es cierto que nuestros precios en los artículos de primera necesidad son, en su conjunto, injustos. Es cierto que en justicia no se pueden exigir salarios adecuados a precios notoriamente inmorales. Las arcas de los que han venido abusando sistemáticamente de sus conciudadanos están ya demasiado llenas. Pero uno es el tiempo de la justicia y otro el de la caridad. Y cuando la justicia termina su misión puede ser que entonces precisamente haya una grave exigencia de caridad para con los más cercanos en quienes Cristo está siempre encarnado. ¿Y quiénes más próximos para los empresarios que los obreros que contrabajan con ellos bajo el mismo techo en esa "unidad de producción" que es la empresa?

Sólo con esta ejemplaridad difícil, de entrañable sentido evangélico, llena de renunciaciones a cosas agradables y aun lícitas, podremos estabilizar a España en cristiano, adecuando la demanda con la oferta, fomentando nuestro volumen de ahorro nacional, invirtiéndolo cuidadosa y ponderadamente allí donde sea más socialmente necesario, aumentando nuestra productividad y eficiencia y reaccionando contra ese alegre "modo de vivir a la española" que tal vez sea muy divertido pero tal vez no sea tan cristiano.

Ejemplaridad que bien merece una campaña nacional de Prensa hasta que los rasgos heroicos, —tan desacostumbrados— se hagan carne y sangre de nuestro cristianismo. Sólo así, con una comunión de sacrificios, de caridad y de dolor, lograremos construir esa catedral inacabada del Cuerpo Místico de Cristo. Solamente así seremos verdaderamente cristianos. De esos que aprendieron la palabra del Maestro: "Mejor es dar que recibir". De esos que además de aprender la misericordia, la justicia y la caridad, las practicaron con alegría.